



LA BARRERA REAL.

(Año de 1236).

LA casa de Santiago Alvarado estaba situada á un extremo de la ciudad de Palencia, y era una especie de barraca de un solo piso, pero en tal estado de vetustez, que daba lástima verla así. El edificio, aunque poco elevado, había gravitado bajo su propio peso, y por un lado venido á tierra, de suerte que casi era un monton de ruinas hacinadas por el tiempo.

Y sin embargo, delante de aquella casucha miserable se veía una barrera real, como las que había delante de las habitaciones de los reyes ó príncipes. Quién pues vivía en la desmantelada casa? algún rey destronado? algún príncipe arruinado como

ella? No por cierto! Nadie mas que un simple soldado retirado del servicio, la anciana Brígida, su esposa, y Esteban, su tierno hijo, que como buen pechero se ocupaba en tejer cáñamo. Por qué pues semejante distincion delante de la oscura vivienda del tejedor?—Esta es una historia que exige esplicacion.

Unos veinte años ántes de la época que hemos fijado al frente de esta historia, espiraba en la casucha que hemos descrito muy sucintamente, Enrique I de Castilla, hijo de Alfonso VIII, muerte desgraciada pero que por otra parte evitó una guerra civil espantosa, provocada por la tiranía del rejente D. Alvaro de Lara, que no solo atentó contra la libertad y las propiedades de los seculares, sino que exasperó al clero atacando las inmunidades de la iglesia.

Ahora, mis queridos lectores, es bueno que sepais que á continuacion del decreto que concedia derecho de barrera á reyes y príncipes, se decia lo siguiente: «si algun rey, reina ó hijo de rey se hospedase en casa de un particular sin guardar *incógnito*, dicho particular tendrá derecho para adornar su casa con una barrera, la cual subsistirá hasta que se pudra; pero se prohibe expresamente reedificarla, bajo la pena de un severo castigo.»

El padre de Santiago Alvarado conocia esta disposicion, y como fuese muy ambicioso de honores y distinciones, aunque solo era un pobre trabajador, se apresuró á construir una barrera delante de su puerta, á lo que nadie se opuso, porque estaba en su derecho.

Luego que se hubo colocado la barrera, el padre de Santiago Alvarado creyó que era completamente feliz, y mientras sus vecinos, de cualquier estado y condicion, rabiaban de envidia, él se sonreía orgullosamente cuando los veía quitarse el sombrero al pasar por su casa, en respeto á la magestad real.

Desgraciadamente invirtió todos sus ahorros en la construccion de la barrera, y apenas hubieron pasado los primeros dias del triunfo de su vanidad, echó mano al bolsillo, mas lo encontró vacío, y como la miseria vá siempre rodeada de las privaciones, y estas suelen minar la mejor salud, el orgulloso tejedor se acostó un dia para no volver á levantarse.

Antes de morir llamó á su hijo Santiago y le dijo:

—«Santiago, no tengo otra cosa que dejarte sino esta casa; pero la barrera que está delante es una fortuna, puesto que es una honra que solo pertenece á los reyes y príncipes. Ven á ocupar esta casa, cuida de la barrera, y presérvala de la ruina, porque ya sabes que está prohibido repararla.»

Como veis, el pensamiento de orgullo que lo mataba aun no le habia dejado en sus postreros instantes, y de su alma pasó á la de Santiago, el cual luego que abandonó el servicio militar, se instaló en la miserable casucha, casóse con Brígida y

tuvo un hijo, á quien educó en sus mismas ideas, de suerte que la barrera real era un culto para toda la familia.

Una tarde del mes de setiembre, Santiago Alvarado estaba sentado delante de su puerta, entre su casa y la famosa barrera. Hallábase sombrío y pensativo, y aun cuando Esteban y Brígida procuraban distraerle, todo era inútil, pues ni de los labios de Santiago salía una palabra ó una sonrisa, ni sus ojos se fijaban en su familia. Siguiendo la direccion de sus miradas, era fácil conocer la causa del profundo pesar que turbaba su reposo, la cual no era otra que la próxima ruina de la barrera.

A pesar del cuidado del tejedor, las frias lluvias del invierno y el sol ardiente del estío, habian minado la madera insensiblemente, y separada y hendida por aquí, podrida y carcomida por allí, la gloriosa barrera amenazaba total ruina para la estacion de los vientos, que estaba muy próxima. Santiago conocia el miserable estado de la barrera, y todos los dias iba á visitarla, lanzando hondos suspiros al ver el deterioro de la noche anterior, siendo esto lo que le traia inquieto la noche de que hemos hablado, además de otra causa que vamos á referir á nuestros lectores.

Hacia Santiago aquella mañana su acostumbrada visita, cuando vió de pronto delante de él un hombre de extraordinaria expresion que le dijo con indefinible sonrisa:

—Por qué no reparais ese poste que amenaza ruina, y para cuya reedificacion se necesita muy poco trabajo y mucho menos costo? con tres horas á lo mas y algunos maravedís para comprar una alfagia de madera nueva, estais fuera del paso.

Alvarado miró al desconocido sin responder; pero al notar la expresion de sus miradas se estremeció sin saber por qué.

—No respondeis, amigo? prosiguió el hombre en tono de proteccion.

Santiago se animó, y dominando la emocion involuntaria que habia sentido, repuso en el mismo tono:

—Por Dios, amigo, que no os aguardaba aquí.... quién sois?... qué quereis?

—Quién soy, compañero? un amigo que conoció á vuestro difunto padre.... Hace veinte años que siendo yo maestro carpintero, levanté la barrera que mirabais poco ha con tanto sentimiento.... Lo que quiero?... quiero sacaros de pena, ayudaros á repararla muy pronto.... Qué decís á esto, compañero?

—Oiga! saltó de pronto Santiago, mirando al desconocido con aire sospechoso. Me parece que sois un espía de la autoridad, á menos que no seais el mismo Satanás en persona....

—Aun cuando así fuese, compañero !.... repuso el desconocido.

—*Domine, miserere mei!* balbució Santiago persignándose.

:

El hombre frunció el entrecejo; mas volvió á la carga diciendo: —Veo que estás loco, y quiero hacerte un favor; espérame esta noche, y aun no habrá mareado el reloj de arena las doce, cuando ya estaré aquí provisto de mis herramientas y de la manera necesaria.... de buena encina, se entiende!

Alvarado creía soñar; la barrera, la gloriosa distincion de que estaba tan orgulloso, sería reparada de repente! Sin embargo dudaba todavía, porque había cierta cosa en los ademanes del desconocido, que le hacia desconfiar de él.

«Este demonio quiere tenderme algun lazo,» pensaba; pero el orgullo, que había matado á su padre y que él había heredado, ahogaba sus justos temores, y exclamó repentinamente alargándole la mano:

Compañero, acepto tu oferta; con que toca estos cinco!

El desconocido estrechó con fuerza la mano de Santiago, y este se estremeció nuevamente, sin poder adivinar lo que sentía al lado de aquel hombre.

—Bueno, dijo este, esta noche estaré aquí á las doce... Hasta la vista!...

Y disponíase á marchar, cuando Santiago le detuvo diciéndole:

—Tu nombre, amigo, á fin de que conozca al que quiere hacerte un tan gran beneficio.

—Ah!... mi nombre?... repuso el hombre sonriendo; me llamo el maestro Claudio, compañero.... Hasta la noche!

Y desapareció antes que Alvarado hubiese vuelto de la especie de estupor en que le había sumergido lo raro de aquel encuentro.

—Qué diablo de hombre es ese? exclamó Santiago. Es necesario que sea muy amigo de hacer bien al prójimo, para arriesgar así el gargüero; porque yo no he olvidado la prohibicion que sobre mí pesa con respecto á la barrera.

Reflexionó profundamente durante algunos momentos, y luego dijo con lentitud:

—«Cuida de la barrera y presévala de la ruina,» hé aquí las últimas palabras de mi respetable padre, que en paz descanse.... Pues bien! su deseo será satisfecho, añadió con resolucion, esta noche repararemos la barrera, aunque tambien me aprieten á mí el gargüero.»

Tales eran las reflexiones de Santiago al dejar al desconocido, y entró en su casa, permaneciendo todo el día pensativo y cabizbajo, sin que su hijo Esteban consiguiera de él una caricia.

—Santiago, le dijo Bríjida, confíame tus penas!

—Señora Bríjida, respondió el mal humorado tejedor, dejadme tranquilo y recogeos, porque no me gustan ni las curiosas ni las habladoras.

Era la primera vez que la trataba con tanta dureza, y Brigida se apresuró á obedecer enjugándose una lágrima, mientras Esteban decía á su padre:

—Y tú no te acuestas?

—No, Esteban, contestó Alvarado con cierta emoción.... espero á uno, y no puedo acostarme.... Si oís ruido, no os asustéis.... Buenas noches!

.....
Eran cerca de las doce, hora sombría y misteriosa, y Santiago, sentado delante de su puerta, temblaba á pesar suyo, presa de una de esas emociones violentas que nada motiva y de que no podemos darnos cuenta. No salió de esta especie de crisis hasta que oyó estas palabras:

—Ola, amigo! duermes?

Santiago saltó sobre su banco de madera, y alzando la vista vió delante de él al maestro Claudio, con dos enormes bigas al hombro y en una mano las herramientas.

—Sois vos, maestro Claudio? murmuró Santiago.

—Pues no lo vés?... ea, compañero, sígueme al soportal.

Diciendo esto, como quien conoce los sitios, dió vueltas á la casucha, y se dirigió á un cobertizo que se hallaba al lado opuesto, sin que Alvarado se atreviese á dirigirle la palabra.

Ya allí, cogió un hachon de esparto, lo encendió y fijándolo en la pared se puso á trabajar con gran asombro del tejedor. Era espantosa la rapidéz con que menudeaba los golpes: saltaba la madera hecha astillas, y de tal modo sonaban los hachazos, que no parecia sino que trabajaban al lado del maestro carpintero veinte oficiales invisibles; de suerte que Santiago temblaba de pies á cabeza, y sentia una especie de mareo.

En cuanto al maestro Claudio, permaneció mudo todo el tiempo que duró su trabajo, y una hora despues ya estaba concluida la nueva barrera, faltando solo colocarla en lugar de la vieja. El carpintero la arrancó con una mano, y dando al aterrado tejedor un mazo, le dijo:

—Golpea, golpea para clavarla en el suelo! golpea! golpea!

Santiago, impulsado por una fuerza irresistible levantó el mazo y lo dejó caer; luego volvió á empezar, primero lentamente, despues mas de prisa, en seguida mucho mas, y al fin con tal fuerza y celeridad que sus golpes repetidos resonaban en todo el barrio. En vano queria pararse: un brazo invisible guiaba el suyo incesantemente, sin descanso, siempre y siempre!...

Y la barrera se hundia mas y mas á cada golpe, y estos se sucedian sin cesar, la barrera se hundia, se hundia siempre, y Alvarado la seguia atraído constantemente hácia ella por el peso del mazo, que se aumentaba por intantes, y que pegado á su mano lo arrastraba hácia la tierra!

—Golpea! golpea! repetía el maestro Claudio riendo á carcajadas.

Ya la barrera habia desaparecido, y Santiago se hundía á su vez, en tanto que Claudio ahullaba:

—Golpea, orgulloso! golpea!

—Piedad, Satanás, piedad! murmuraba Alvarado que se hundía mas y mas, perseguido por la risa discordante del maestro Claudio.

.....
—Virgen santa! qué haces aquí á estas horas? es estar en su juicio dormir al aire libre en las frias noches de setiembre? exclamó Brígida sacudiendo el brazo de su marido.

El tejedor lanzó un grito, y despertó sobresaltado.

—Qué es eso?... qué hay? socorro!... Ah! eres tú, Brígida?.. dónde estoy, gran Dios?

—Durmiendo delante de la puerta y sentado en un banco á riesgo de ponerte malo... Estaba acostada, y como hubiese advertido que no te hallabas allí, he venido á llamarte.

Santiago despues de oir á Brígida corrió á la barrera, y la encontró tan deteriorada que amenazaba ruina: volvió entonces á donde se hallaba su esposa, y la dijo:

—He tenido un sueño espantoso!... gracias, Dios mio!

Arrodillose murmurando una oracion, y levantándose despues, dijo á su esposa:

—Brígida, el orgullo es muy mal consejero: gracias á él, murió de miseria mi padre, y poco ha faltado para que á mí no me sucediese lo mismo: hace quince dias que no trabajo; pero mañana vuelvo á mi faena, y la barrera real perezca de mala muerte si le parece, pues me importa un bledo, acordándome como me acuerdo de las palabras que sin cesar me repetía el buen monje fray Severino:

«Hermano, desconfía del orgullo y no olvides que hay honores que son muy pesados para las clases del pueblo y que labran su ruina.»

LA RANA QUE QUIERE IGUALARSE CON EL BUEY EN CORPULENCIA.

MAMA, decia una jovencita á su madre, yo no quiero aprender esa fábula de la rana y el buey. Primeramente ¿qué significa eso? Una rana que quiere hacerse tan grande como un buey!... eso no es posible!

Y su madre la respondió acercándosela á sí. Pronto vas á tener diez años, Aurelia, y no te falta penetracion para en-

tenderme.... La rana solo sirve aquí para representar muchas clases de personas; los vanidosos que quieren parecer mas ricos de lo que son; las coquetas que se arruinan gastando adornos extravagantes, ajenos de su posicion, á fin de rivalizar con otras coquetas de un rango mas elevado; tú misma, si no pones cuidado....

Al decir esto, abrió Aurelia grandes ojos, y su madre continuó:—Cuando vuelves del Prado donde has visto otras niñas ricamente vestidas, y con mil juguetes, te sorpendo muchas veces atormentando á tu padre hasta que te dá gusto, satisfaciendo tus deseos de adornos y juguetes como los que has visto. Bien ves que es necesario vivas precavida, porque en llegando á ser grande, ya no serán juguetes, sino alhajas, diamantes, cachemiras las que excitarán tu envidia; y podrá suceder entonces que te parezcas á la rana de la fábula que se *inchó tanto que rebentó*! Tu porvenir será comprometido por tu vanidad. Ahora, hija mia, estoy cierta que no dirás mas que la fábula nada significa, y la aprenderás sin murmurar.

Esta madre tenia razon, hijos mios, y para convencerlos, si no estais bien persuadidos de ello, voy á contaros una historia:

Despues de las victorias de su marido, lady Malborough era la favorita de Ana Estuardo, que la recibia á todas horas, la confiaba sus mas íntimos pensamientos, que, en fin, la trataba como amiga; esta por tanto se miraba como la primera señora del reino despues de la reina. Llena de esta idea y deslumbrada por el esplendor de su fortuna, parecia á veces olvidar su papel de favorita para hacer el de soberana; mandaba en palacio, y las damas de honor tenian frecuentemente que quejarse de su altivez. Ana lo veia todo; mas sea por bondad, sea con intencion, dejaba á lady Malborough sembrar órdenes orgullosas que mas adelante debian producirla una cosecha abundante de enemistades. En el colmo del poder, la favorita no podia, pues, concebir que la reina pensase en darla una rival.

Sin embargo, Ana, fatigada tal vez de la altivez de la duquesa, y sin duda alguna fastidiada de no tener otra sociedad que la suya, porque lady Malborough alejaba con cuidado lo que podia hacerle la menor sombra; Ana, pues, deseaba sin declarárselo á sí misma, un trato mas agradable, relaciones mas francas que las que existian.

Tal era, poco mas ó menos, la situacion de los ánimos de la reina y de la favorita el día que se paseaban las dos por los jardines reservados de San James.

Ya despues de algunos instantes pasean silenciosas, siguiendo una calle de árboles que está por delante de la habitacion de las damas de honor. La cara de la reina se muestra se-

vera, y la confusion está pintada sobre las facciones de lady Malborough: esta, en fin, obligando su orgullo á ceder, se acerca á su soberana, y dando á su voz la menor dilatacion posible:

—Que vuestra bondad se digne perdonarme, dijo, mas habia hallado la tela de su traje tan bella, que no he podido resistir la tentacion de gastar una semejante.

—Parece, milady, que cada una de las partes de mis vestidos tiene el don de agradaros hasta ese punto, puesto que ni aun cinta tengo que al punto no tengais su igual.

—Que vuestra magestad....

—Parece que olvidais demasiado la distancia que nos separa, milady, —dijo la reina en un tono mas levantado que el que habia tomado la duquesa.

—Vuestra gracia tiene, pues, la intencion de humillarme delante de las mujeres que nos siguen? exclamó lady Malborough, indicando dos damas que venian bien lejos detras de ellas.

—No pueden oir, milady, y cuando así fuese?... la leccion podria tal vez aprovecharos... Yo debería.....

La reina se habia ya vuelto hácia sus damas é iba sin duda á hacerlas testigos de las humillacion de la duquesa, cuando sus ojos se fijaron sobre esta; vió su cara tan contraida, que tuvo piedad de su sobresalto.

—Mas yo soy demasiado buena, añadió continuando su paseo, y siento que estoy dispuesta á perdonar.

La cara de lady Malborough recobró poco á poco sus colores acostumbrados, y teniéndose por dichosa de haber evitado una afrenta tan grande como la que se la quería hacer sufrir, dió á la reina escusas tanto mas humildes, cuanto mas cierta estaba de no ser oida. La conversacion habia tomado otro giro, y todo parecia olvidado, cuando sonidos de un harpa que salian del cuarto de las damas de honor, vinieron á los oidos de la reina, que se detuvo para escuchar. La favorita sufrió mucha contradiccion al ver la atencion que su señora daba á esta música, y trató de alejarla.

—Vuestra majestad hace mal en permanecer así en inaccion... El aire es frio esta mañana y temo....

—Así os parece, querida duquesa; ha mucho tiempo que no hace una mañana tan bella....

Dejad, quiero oir esa cantata.

—Es admirable que agrade á vuestra gracia... esta música es de mal gusto, y voy si lo mandais á hacer cesar...

—No, os digo, me agrada mucho, mucho.

Forzoso fué, pues, á la duquesa escuchar tambien. Mientras mayor era la habilidad de la música, mas sufría lady Mal-

borough, temiendo todo lo que podía agradar á la reina. Y además su instinto celoso la había hecho reconocer en la hábil instrumentista una dama joven, presentada pocos días antes en la corte, lady Masham, de la cual había dicho Ana Estuardo:

—Su figura y sus maneras me gustan mucho.

La favorita estaba en un suplicio; pero fué otra cosa muy distinta, cuando cesando la música, una voz encantadora cantó unas coplas en estilo lleno de gracia y atractivo. La reina parecía experimentar el mas vivo placer; así es que estuvo escuchando hasta la última copla. Cuando se hubo concluido se volvió hácia la duquesa cuya figura gesticulaba bajo la forzada sonrisa que contraían sus labios.

—Ved ahí una voz deliciosa, milady.

—Vuestra gracia siempre ha sido muy indulgente con sus damas de honor.... Ahora tambien tiene la bondad de hallar deliciosa una voz.... muy comun.

—Sois mal contentadiza, duquesa; ciertamente eso está bien cantado.

—Muy bien, sin contradiccion; sin embargo, me ha parecido oír algunas notas falsas.

—Quiero conocer cual de mis damas tiene esa habilidad.

—Será bien difícil satisfacer á vuestra gracia.... entre tantas mujeres.... Cómo reconocer?

—Fácilmente lo conseguireis, querida duquesa; yo os doy á vos este encargo.

—Mas....

—Quiero que esta noche misma me la presenteis vos.

—Sabe vuestra majestad si esa dama es de nobleza tan elevada para ser admitida en su presencia?

—Duquesa, mi buena Inglaterra no está tan desprovista de condados, que yo no encuentre uno que dar al esposo de la música á la cual debo algunos instantes de placer. Soy reina, y por consiguiente caprichosa; á cualquiera precio que sea satisfaré esta fantasía. Y mientras mas obstáculos escojitaseis que oponer á mi voluntad, mas la siento que se aumenta; decid una palabra mas contra esa dama, y la hago duquesa... quizás será bastante noble para ser admitida en mi tertulia.

Lady Malborough conoció entonces por fin la falta que acababa de cometer, pareciendo dar demasiada importancia á la presentacion de lady Masham, porque era ella en efecto la que había cantado; no trató mas de oponer obstáculo al cumplimiento del deseo de la reina. Al contrario tambien, como si hubiese querido reparar su torpeza, se prestó con agrado á lo que se exijia de ella; fué á buscar á lady Masham, la participó la invitacion de la reina, y la presentó aquella misma noche.

Mas el golpe estaba dado; Ana habia comprendido la intencion de la duquesa, y desde aquel momento resolvió poner dique á la ambicion de la favorita, escogiéndola una rival. La casualidad quiso que la música fuese la misma lady Masham que la reina habia ya mirado con atencion algunos dias antes; no se necesitó mas para prevenir á Ana en favor de la recién llegada. La recibió con bondad, la hizo que repitiese las coplas de por la mañana, y la atendió. La jóven dama de honor alentada, sin duda, por los elogios de su soberana, tomó parte en la conversacion, y su agudo ingenio acabó de ganar á la reina, que durante toda la tertulia afectó la mas grande frialdad para con lady Malborough. Esta volvió á su casa con rabia en el corazon, y revolviendo en su cabeza mil proyectos de venganza contra su rival; porque demasiado preveía la elevacion próxima de lady Masham.

El día siguiente por la mañana, la reina hizo llamar á la jóven dama de honor, y la tuvo durante una hora á su lado; por la noche la recibió otra vez en su tertulia, y muy pronto no fué ya posible dudar que lady Malborough no sería su plantada, ó al menos precisada á partir con otra el favor real por el que se mostraba tan celosa. Esta noticia produjo una agradable sensacion en la corte, donde la duquesa era poco querida. Esta tenia mucha altanería para dejar visible su despecho; lo ocultó bajo cierto aire de indiferencia; y como si no se hubiese verificado cambio alguno para con ella, continuó siempre al lado de la reina, y su manera de obrar en palacio no sufrió alteracion alguna. Sin embargo, habia en el fondo de su corazon una levadura de odio que fermentaba en silencio.

Algunos meses se pasaron así; lady Malborough parecia esperar un momento favorable para humillar á su rival, cuya elevacion miraba como pasajera. Mas lejos de presentarse esta ocasion, parecia alejarse mas cada dia; el favor de lady Masham aumentaba, y la duquesa afectaba no temer á la nueva favorita en el momento mismo en que tomaba la resolucion de vengarse de ella. Un dia despues de la comida, al tomar el té la reina, se encontraban presentes las dos favoritas: lady Masham acababa de cantar, como lo hacia todas las noches, y las damas ciertas de agradar á S. M., le ofrecian un tributo de elogios. Lady Malborough se unió á ellas.

—Es imposible tener mas habilidad que milady.

—Milady es bien buena, respondió lady Masham en tono que se traslucía la ironía, porque era demasiado astuta para dar crédito á la manera falsamente lisonjera de su rival;—la doy gracias por sus elogios.

—Son tan sinceros como la amistad que profeso á milady.

—Doy el mismo crédito á los unos que á la otra, milady. Hace mucho tiempo que he echado de ver las buenas intenciones que su honor se digna tener conmigo.

—Intenciones de las que segun espero participa su honor?

—La duquesa de Malborough haría mal en dudarlo.

—Está lejos de hacerlo, y sentiría infinito que sus sentimientos no fuesen bien conocidos de lady Masham.... Oh! perdón, añadió, debiera haber dicho condesa de... de.... los títulos de su honor son tan recientes que no he tenido aun tiempo de aprenderlos.

—Los de su honor son tan viejos, que la corte podría muy pronto olvidarlos.

—Basta! prorrumpió la reina que primero se habia divertido viendo enredadas á las dos rivales, pero que empezaba á temer un rompimiento estrepitoso; basta!; no veis la mucha diversion que procurais á esas damas, sobre todo á madamisela de Ambers?

La risa espiró en los labios de todas, y se apresuraron á volver á su seriedad.

Esperando restablecer la buena inteligencia entre las dos enemigas, Ana se volvió hácia lady Malborough y la habló en un tono propio á recordarle su antiguo favor.

—Duquesa, la dijo, me siento cansada, haced por mí los honores.

Empero por mas que hiciese, el cristal estaba roto; lady Malborough guardó silencio: buscaba un medio pronto de humillar á su rival.

Sin embargo, se levantó, echó el té y en el momento en que llevaba en la mano un bol de porcelana del Japon lleno de agua hirviendo, un rayo de alegría brilló en sus ojos. Tenia asegurada su venganza, venganza grosera y poco digna del lugar donde pasaba esta escena. Finjió tropezar en el pie de un sillón, dió un traspíe, se inclinó hácia adelante, y dejó caer el jarro del Japon, vertiéndose lo que contenia sobre el traje y las manos de lady Masham. Esta dió un grito, y todas las damas, sin exceptuar la reina, se apresuraron á socorrerla, mientras que la duquesa disimulando mal su triunfo, finjia escusarse de su torpeza. Se aparentó creerla; mas esta ocurrencia puso término á la tertulia. La reina quiso estar sola, y cada cual se retiró; menos lady Masham, que salió una hora despues del cuarto de la reina, mas poderosa y favorecida.

Despues de esta noche, la duquesa, á quien sus cargos llamaban á la corte, vino todos los dias, mas fué muy rara vez admitida á la tertulia de la reina. La humillacion que experimentó una noche cuando presentándose á la puerta de la habitacion regia, el ujier la dijo con el mayor respeto posible:

—Vuestro honor no está escrito en la lista de S. M.; fué un golpe tan sensible, que en su rabia insensata, pensó en devolver á su soberana afrenta por afrenta.

La loca duquesa se arrojó desde este momento á cuerpo descubierto en una lucha desigual. Puso estudio en imitar á la reina en sus adornos; gracias á algunas inteligencias que habia sabido conservarse en lo interior del guarda-ropa real, sabia todas las mañanas cuál sería la compostura de la reina, y en el mismo dia se presentaba en palacio con el mismo adorno. Ana no tardó en comprender la intencion de lady Malborough, y se encolerizó mucho.

—Insolente duquesa!—decia un dia á lady Masham, se atreve á entrar en contienda conmigo!... Mas yo la haré pagar bien cara su imprudencia. Sus riquezas no bastarán para los gastos en que la meteré; haré venir á todo precio telas extranjeras....

—Y tal vez sabrá las intenciones de vuestra gracia y hallará medio de procurarse telas iguales.

—Pero esto no se puede sufrir.... es vergonzoso ver á Ana Estuardo, reina de tres reinos, juguete todos los dias de esa impertinente duquesa. Oh! por qué la he hecho tan rica?

—Lo que hay de mas extraordinario, es que parece olvidar que su fortuna le proviene de vuestra gracia, y que una palabra sola puede destruirla, como una palabra la ha elevado.

—No, mi querida condesa, no, eso no se puede.... lord Malborough es un fiel súbdito, su brazo es uno de los baluartes de la Inglaterra, y yo no me atrevería por la insolencia de una mujer, á irritar contra mí los pares del reino. Oh! lady Malborough conoce bien cuanta es su fuerza; sin embargo, yo debería....

—Enviadla á Bedlam como una insensata.

—Sin duda, mas eso es imposible. Sin embargo, condesa, es necesario hallar un término á esto; no quiero verme humillada por ella todos los dias.

—No habría mas que un medio tal vez..... Que vuestra gracia le abandone todas las partes del traje, y se distinga por una sola; los guantes por ejemplo. Encargad á Burnet, vuestro proveedor, guantes de un color extraordinario, bordados con seda y oro, y esto con el mayor secreto. De esta manera, en el baile de corte que no se verificará hasta dentro de quince dias, V. M. tendrá seguridad de gozar del despecho de la vanidosa duquesa.

—Tu ocurrencia me agrada, Masham; vé tu misma á casa de Burnet, lo mas secretamente posible, y tráemelo aquí.

El proveedor de la reina fué introducido por la noche en

palacio, recibió todas las recomendaciones, y prometió entregar los guantes la mañana misma del día del baile.

Ocho días despues, la carroza de lady Malborough se detuvo delante de la puerta de Burnet; la duquesa bajó de ella y entró en el almacén. El mercader se adelantó á recibirla y saludarla, y la recibió con respeto. Sin embargo, bajo su modo respetuoso era fácil descubrir señales de cierto embarazo. Temia que lady Malborough no hubiese comprendido el encargo de los guantes de la reina y que no viniese para procurarse otros iguales. Se engañaba porque el secreto había sido guardado esta vez.

—Burnet, dijo al mercader, he sabido de la costurera de S. M. que vos la habiais provisto de una tela de las Indias....

—Es verdad, vuestro honor; cuesta bastante cara para ser bella.

—Sabeis, Burnet, que no miro el precio cuando deseo una cosa. — Quiero una pieza de esa tela.

—Será imposible satisfacer á vuestro honor, solo ha quedado un pequeño resto.

—Nada hay imposible; cuánto cuesta la pieza?

—Cien libras esterlinas.

—Os doy ciento cincuenta si me la hallais dentro de una hora.

—Será bien difícil.... Sin embargo....

—Amigo mio, dijo mistres Burnet desde el fondo de la tienda, creo recordar que Jacobs nuestro vecino ha hecho venir al mismo tiempo que nosotros, una pieza de igual tela... Quizás no la habrá vendido todavía... si te informases....

—Mistres Burnet tiene razon, lo habia olvidado... Si su honor quiere que se la envíe?

—No; esperaré aquí, escojiendo diversas mercancías.

El mercader salió, mas en lugar de ir á casa de Jacobs su vecino, subió á su almacén donde halló la pieza. Despues de la rivalidad de la duquesa con la reina, Burnet especulaba así sobre la vanidad de lady Malborough; sabia que no retrocedia á la vista de ningun sacrificio para obtener lo que deseaba, y se aprovechaba de esta circunstancia como mercader de los mas... hábiles....

Mientras que Burnet iba á casa de Jacobs, su digna mujer ponía de manifiesto á la vista de la noble parroquiana las mercancías que creia mas propias para imitarla, y á cada artículo no olvidaba añadir esta frase:

—S. M. ha mandado tomar ayer tal ó tal cantidad. La mercancía era tambien comprada. Mistres Burnet habia ya presentado á lady Malborough una gran cantidad de objetos, cuando una niña chica que jugaba del lado á dentro del mostrador empujó una caja y la cayó al suelo.

A esta vista, la tendera se puso pálida, y olvidando la presencia de la duquesa, se precipitó hacia la niña y la dió de bofetadas, diciéndola:

—Tontuela! vé á jugar á otra parte; por poco no echas á perder los guantes de la reina!

Lady Malborough aplicó la vista hacia la caja, mas Burnet volvía en este momento.

—Ved aquí la tela consabida, milady, no ha dejado de costarme dificultad conseguirla.

—Muy bien; se pagará lo que sea preciso, dijo la duquesa tomando una silla. Ahora que ya he hecho mi compra, hablemos un poco de vos, Burnet. Cómo van vuestros negocios?.... Estais contento?

—Vuestro honor es muy buena; no me quejo, á Dios gracias! El comercio va bien.

—Mucho me alegro. Ah! tambien necesito algunos pares de guantes.

—Mistres Burnet, enseña algunos guantes á su honor.

—Estos me agradan, dijo lady Malborough, despues de haber abierto como por casualidad la caja donde se encontraban los encargados por la reina; será menester imitarlos con los que he comprado....

Mistres Burnet se puso encarnada como la grana, y el mercader quedó sumamente turbado.

—Su honor dispensará, respondió, mas están vendidos.

—Ah! lo siento! dijo la duquesa volviendo á sentarse; no hablemos mas. Y vuestro hijo, Burnet, qué pensais hacer de él?

—Se destina á la carrera militar, y en este momento me ocupo en comparle una subtenencia.

—Qué lastima!.... he llegado demasiado tarde....

—Que quiere decir vuestro honor?

—Nada... sería causaros un sentimiento inútil.

—Mas el negocio no está aun concluido, y si....

—El duque mi marido me escribia de Alemania para encargarme que le buscase un jóven instruido, intelijente, que pudiese servirle de secretario, con el grado de subteniente.... Habia pensado en vuestro hijo, mas vos no podeis....

—Vuestro honor se engaña; nada mas factible, dijo mistres Burnet en el colmo de la alegría, y si os dignais tomar á mi hijo bajo vuestra proteccion....

—Nuestro reconocimiento será eterno, añadió el marido mas insinuante ya; el porvenir de Juan quedará así asegurado, y...

—Preciosos guantes! interrumpió la duquesa dirijiendo á la caja una mirada codiciosa.

—Si no estuviesen vendidos tendría un placer en ofrecerlos á su honor, mas....

—Creo que nunca joya alguna me habría sido mas agradable.... Decis, pues, Burnet, que aprobais mis planes relativos á vuestro hijo Juan?

—Oh! señora duquesa, será la felicidad....

—No podriais cederme tres pares solamente?

—Me es sensible rehusar á vuestro honor.

—Podrá imaginarse tal fantasía? pero me agradan de tal modo.... Cuándo teneis que entregarlos?

—Dentro de ocho dias nada mas.

—Y hace mucho que están encargados?

—Habrá el mismo tiempo.

—Os queda tiempo suficiente para hacer trabajar otros iguales... Pensad en ello, Burnet; negármelo sería darme prueba de mala voluntad.... Escribirme el nombre y apellido de vuestro hijo.... Bien, eso es... yo me llevo esta caja. Mañana escribo á milord-duque y antes de un mes Juan es subteniente... Mi carroza, llamó ella, haciendo señas al cochero. Adios Burnet! adios mistres! dijo metiéndose en el coche; pondreis esos guantes á mi cuenta, no los quiero sin esa condicion.

El coche se alejó rápidamente, y ya estaba muy distante cuando el mercader y su mujer notaron, al volver de su aturdimiento, la desaparicion de los guantes.

—Nuestro hijo será subteniente! exclamó mistres Burnet.

—Sí, pero y los guantes de la reina?

—Bueno, se harán otros.

—Imposible! el modelo se ha destruido por orden de S. M.

—Desgraciado!..... somos perdidos!

—Sin duda alguna; sobre todo si, como lo temo, la duquesa tiene intencion de adornarse con esos guantes en el baile de la corte....

—Es menester verla, y suplicarla que no lo haga....

Aquella misma noche se presentó Burnet en el palacio de la duquesa, mas no le dejaron entrar los lacayos. Tres dias se pasaron sin que pudiese llegar á donde estaba lady Malborough, que habia dado ordenes positivas para esto. En fin, el desgraciado mercader, no quedándole ya duda alguna de las intenciones de la duquesa, prefirió mas dejar á Londres por algun tiempo, proponiéndose no regresar hasta que este negocio quedara terminado.

La mañana del dia en que el baile debia verificarse, la misma lady Masham fué á casa de Burnet, mas solo se encontró con la mujer, que no dió una contestacion clara.

—No sabia lo que su honor queria decir.

—Burnet habia marchado á Escocia, donde era llamado por la familia de un compadre suyo.... y jamás habia hablado de esos guantes.

Cuando lady Masham llevó esta respuesta á la reina, esta no

pensó que lady Malborough tuviera en esto parte alguna. Que se juzgue, pues, cuál sería su ira, cuando por la noche vió á la duquesa adornada con ostentacion de los mismos guantes que ella habia encargado para sí.

Ana se retiró temprano del baile; y al dia siguiente, cuando la duquesa quiso entrar en palacio, un ugieer le presentó una órden de la reina, por la cual lady Malborough, privada de sus empleos en la corte, no debería volverse á presentar en ella. La duquesa, confundida primero, se tranquilizó pronto; no podia esperar una desgracia completa, y se fiaba demasiado en el poder del duque, su esposo. Sin embargo, su conducta inconsiderada movió á la reina á espiar los pasos de Malborough, y se descubrió muy pronto que se encontraba implicado en intrigas dirigidas á contrarrestar las determinaciones del gobierno. No fué menester mas para que fuese segura la perdicion de uno y otra, y algunos dias despues, privados ambos de sus honores, dejaban la corte, y veian á sus hechuras echadas de los destinos que ocupaban.

— Ved aquí, niños míos, en este ejemplo á la rana que quiere igualarse al buey en corpulencia.

